

sal andaluza chispeaba en sus miradas y en sus sonrisas, y era amable y buena.

Nunca nos hablamos de amor: nuestro cariño era casi fraternal. Así, á nadie extrañaba que nos tuteásemos, ni vernos juntos en el parque, ni conversar mucho en los intermedios de los bailes.

Me complacía viéndola lucir un traje de seda, un sombrero nuevo, oyéndola tocar un *two step* de moda ó comentar á su manera las mil novelas que había leído. Otras veces me hacía sonreír refiriéndome con gracia las tonterías que le habían dicho sus adoradores en el último baile. En fin, era feliz oyéndola decir esas deliciosas monadas que forman la conversación de las muchachas de *sprit*.

En esa época tuve que ausentarme por algunos meses de San José. La vida práctica... Cuando regresé, y antes que hubiera ido á visitarla, un amigo con quien tropecé en «La Magnolia» me contó que ya Marieta tenía novio, un gran partido; el matrimonio era cosa hecha. Supe después que se trataba de un señorito, recién llegado de Nueva York, en donde estuvo cinco años estudiando *generalidades*; flamante, perfumado y afeitado como un clérigo, de padre rico, y que usaba fluxes claros á cuadros y corbatas exóticas. Un alcornoque disfrazado á la americana. No pude menos de soltar una carcajada. ¡Qué chasco se va á llevar ese tipo!, me dije. Si se le habrá ocurrido que Marieta es como las del *High Market*? Pero al cabo, ¿por qué me intereso tanto por esa chica? Con alguno se ha de casar, que de seguro no seré yo.

Esa misma noche fuí á su casa. Después de las frases rituales sobre los temblores, el espiritismo y la influencia decisiva que ejercen en nuestro espíritu los días grises y las lluvias constantes de octubre, conquisté la silla más cercana á Marieta. Disertamos filosóficamente sobre *el eterno femenino*, la amistad y el amor, y acabé por donde debía haber empezado, si la línea recta fuera siempre la más fácil para llegar á donde uno desea: por preguntarle si ya había aparecido *aquello...*, si era verdad que se nos iba á volver gente seria. Ella me miró, entre sorprendida y enojada, y fijó en los míos sus ojos con tal fijeza y serenidad, que comprendí que el asunto era serio.

Nuestra antigua amistad y mi cariño me autorizaban para darle una opinión delicada, pero franca (celo oficioso que no se á qué atribuir) y así lo hice.

No, Roberto no la convenía. Ella tan inteligente, tan refinada y tan tierna, casarse con un imbécil que no la comprendería jamás, con un muchacho con dos manos como dos tenazas y que arrojaba á cien yardas una bola de *foot ball*. ¡Imposible!

Sucedió lo que pasa siempre: Marieta se jugó la felicidad.

Por un fenómeno psicológico que en vano intentarían explicar á satisfacción concedores profundos del corazón humano, la mujer, dotada del instinto de observación y de un tacto y comprensión finísimos, en el amor casi siempre *pierde*: se engaña. ¿Es su sensibilidad ó su confianza lo que la extravían? Llámalo tú fatalidad, capricho, como quieras; existe y es la causa de tantos absurdos sociales, de tantas excentricidades que desconciertan...

Aquí llegaba Alberto en su metafísica disertación, cuando, levantándome, le interrumpí, insinuándole que regresáramos á la ciudad. Era ya completamente de noche. En lontananza divisábamos innumerables luces y las siluetas negras de torres y cúpulas.

Anduvimos algún rato en silencio, pero aguijoneado por la curiosidad le recordé que no había concluído aún.